

ÁLVAREZ RUBIO, M.^a del Rosario: *Las historias de la literatura española en la Francia del siglo XIX*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, 398 pp.

Un título como el que antecede, a cargo de la profesora de la Universidad de Oviedo M.^a del Rosario Álvarez Rubio, exige del lector un interés acusado en el asunto propuesto. De otro modo, la lectura puede resultar ardua dado el extraordinario acopio de datos taxonómicos, fechas y modos clasificatorios que se vierten. El alcance de los logros de este libro será la mejor recompensa. Nos hallamos ante una obra de factura impecable que viene a colmar un vacío que los estudios literarios necesitaban llenar para mejor comprender las miradas, a menudo interesadas, que la nación vecina proyectó sobre nuestra literatura decimonónica y su peso específico en la construcción del canon español del siglo XIX.

El Prólogo de Antonio Fernández Insuela ya anticipa las cualidades historiográficas de la autora en el hecho de su formación académica doble, evidenciada ya en su tesis doctoral dedicada a «La literatura española en la prensa cultural francesa del siglo XIX: la *Revue des Deux Mondes* y la *Revue de Paris*» y bifurcada en dos libros ya publicados.

Tras los «Preliminares», el volumen se desglosa en dos grandes partes: (1) «La literatura española en Francia: entre la rehabilitación y el prejuicio» y (2) «Contribuciones a la historia de la literatura española en Francia: estudios, historias, cursos magistrales, artículos, manuales, antologías». La primera de ellas promueve la apertura del canon occidental gracias a los redescubrimientos de la literatura española y las traducciones de teatro, novela y Romancero. La segunda explora primero las primeras décadas del siglo XIX a través de la figura de un precursor de entresiglos y la tríada difusora representada por Bouterwerk, A. W. Schlegel y Simonde de Sismondi; rastrea después las décadas de los años treinta y cuarenta, con sus impulsos y recapitulaciones visibles en la tribuna de la prensa en Prosper Mérimée y Juan Florán, en Louis Viardot, así como en los cursos magistrales y en los manuales de transición. La consideración de Adolphe de Puibusque de literaturas paralelas merece un subapartado que da paso a la mitad del siglo marcada por la recepción de Ticknor; la segunda mitad del siglo XIX implica la asunción del positivismo, la militancia ideológica y las continuidades, fenómenos que están representados por la primera historia francesa de la literatura española, la de Eugène Baret, por el compromiso en el trazado historiográfico del republicano Gustave Hubbard y por las colecciones finiseculares de historias literarias europeas que van de Alfred Bougeault a Jacques Demogeot. El cuerpo del libro se cierra con una sección complementaria de las anteriores y relativa a las antologías contemporáneas, con ejemplos tomados transversalmente de los años 1826 a 1884 y que

comprenden colectáneas y florilegios escolares que transmiten la memoria cultural común como los de Ochoa, Maury, Rendu, Piferrer y Rénal. Las Conclusiones y la Bibliografía redondean un libro que tiene la virtud de exponer con precisión suma y grato discurso cuáles fueron los itinerarios y demarcaciones que la historiografía francesa decimonónica hasta esa centuria aplicó a la literatura española.

Como advierte la autora, «El enfoque diacrónico y fundamentalmente descriptivo que hemos aplicado a la revisión del corpus elegido de entre ese copioso arsenal de diverso alcance ayuda a aprehender las orientaciones ideológicas y estéticas dominantes, las periodizaciones en vigor y las informaciones retenidas en las que los investigadores franceses inscriben sus variaciones o asentimientos, transmitidos en gran parte al siglo XX» (p. 14). El dilatado proceso evolutivo, el examen diacrónico, de la institucionalización de la literatura española y de su canon en el XIX francés arrancan de un ensayo editado en 1810 al socaire del cosmopolitismo dieciochesco (jesuitas expulsos, Linguet, La Harpe, Malmontais), sigue los cursos académicos fundadores del kantiano Bouterwek —autor de la primera historia de la literatura española autónomamente concebida, verdadera piedra de toque por «la organización de la materia, el afinamiento de conceptos y los enjuiciamientos posteriores» (p. 16)—, a Schlegel —encumbrador de Calderón— y al muy leído y moralista Sismondi —que vio en Calderón al poeta de la Inquisición—; la impronta alemana de Gotinga se deja notar en ellos y en el joven Ticknor. Viardot y las primeras cátedras universitarias en los años treinta, el comparatismo chauvinista de Puibusque, las calas de Baret y Hubbard y sus discutidos enfoques, la ciencia y el nacimiento corporativista del hispanismo francés al final de la centuria merecen páginas de frondosa exposición que el lector interesado agradece por el cuidado tono científico —pero no desprovisto de cierta agradable frescura que evita el fárrago— que emplea Álvarez Rubio, siempre pendiente de recapitular y retrotraer a páginas anteriores lo que va tratando a continuación, de modo que nunca se pierde el hilo de la historia.

«Entre la rehabilitación y el prejuicio» es subtítulo que retrata a la perfección la doble dirección historiográfica de los *hispanisants*. Entre ambos extremos va desgranándose una secuencia que puntúa en cada autor sus atributos y prejuicios (así, la inquina de Schlegel contra la hegemonía del clasicismo francés, p. 20, o la incompreensión hacia el barroco). Asistimos al paulatino afianzamiento de un canon que los circuitos universitarios y la prensa periódica perpetúan no sin menoscabo: «las adaptaciones, mutilaciones, troncamientos o desfiguraciones de las obras originales españolas» habrán de ser el tributo que ha de pagarse. Frente a las literaturas del Norte, cuya originalidad las convierte en predilectas, la española encuentra su lugar de manera vicaria respecto de la italiana. Serán la influencia alemana y las teorías de la nacionalidad aplicadas a la filología las que despierten el interés por España y su literatura, «límitrofe y ex-céntrica, periódicamente soslayada, innegablemente influyente en el pasado y paradigma de enraizamiento popular» (p. 66), y que deviene así «el valor de piedra de toque para acotar, afirmar y salvaguardar las cualidades identitarias de la literatura francesa, durante un período de canonización de sus propios modelos clásicos» (*ibid.*).

Especialmente interesante resulta el subapartado «Desde la tribuna de la prensa» ,que incluye a Prosper Mérimée, que visitó España en seis ocasiones, y a Juan Florán, por incidir en esta veta y en lo que representa de «foro de intercambio serio de pareceres que contribuyen al afianzamiento paulatino de las obras y los autores españoles en el canon europeo en trance de remodelación» (p. 189). El emigrado liberal Juan Florán, íntimo amigo de Ochoa, interesante poeta y ardiente orador de la Sociedad Landaburiana, conseguirá ensanchar en sucesivas entregas la nómina de filósofos, poetas, oradores e historiadores que la crítica francesa viene escatimando a España. Así en el caso del Arcipreste de Hita por «su irreverente talento, la descripción de las costumbres de su tiempo, su erudición y originalidad, la variedad rítmica de sus composiciones, su imaginación, la gracia y flexibilidad de su estilo, y su reanimación del gusto nacional al insertar coplas y romances» (p. 198), la conciencia de la valía del *Cantar de Mio Cid* por el dinamismo de su estilo, la coherencia interna entre sus tres grandes partes en torno a la figura del protagonista, la intensificación climática del drama, culminante en la afrenta de Corpes y la magistral gradación de las demandas y sus variaciones del «decir sin decir» en las Cortes de Toledo denotan en Florán ciertos juicios que aunque no obtendrán inmediato eco en las ediciones de las historias de la literatura, levantarán acta de su prestigiosa herencia ilustrada y de su defensa nacionalista del patrimonio cultural, así como de su vínculo con los románticos alemanes. La llegada a España de Louis Viardot con los Cien Mil Hijos de San Luis, su condición de librepensador, traductor cervantino y del *Lazarillo*, de esposo de la cantante de ópera Pauline García y de interesado en la literatura rusa y amigo de Turguénev, convierten a este *hispanisant* en uno de los más respetados del XIX francés a quien se le franquean las puertas de la Real Academia Española. Ello no es óbice para que recele de los asuntos religiosos y mantenga reservas hacia Santa Teresa, pero también hacia María de Zayas, Mariana de Carvajal y Bernarda de Ferreira, cuyas obras desestima en razón de su sexo. A diferencia de Florán, que no entendió el calado de don Quijote, Viardot sí aprecia en la obra de Cervantes cómo trasciende la sátira de la caballerescas. Su revisión histórica de méritos y puesta al día de la opinión crítica representa una valoración más comprensiva y de primera mano, «frente a la reluctancia de manuales e historias anteriores, se suma a las reivindicaciones y enfoques de Quintana, Maury, Florán u Ochoa» (p. 221). Otros mediadores culturales como Philarète Chasles ejemplifican algunas de las principales líneas maestras seguidas por los críticos franceses de la literatura española en el XIX, como «la asunción de las teorías schlegelianas y la difusión de la sociología staelista» (p. 223); a él se debe la incorporación de Ruiz de Alarcón —cuya *Verdad sospechosa* fue fuente de *Le Menteur*, de Corneille— al canon de dramaturgos españoles del XVII. Edgar Quinet, que dicta sus cursos en su reciente cátedra de literaturas de la Europa meridional, creada para él por Villemain en el Collège de France, se nutre de sus viajes para reconocer los personajes del Romancero y del *Cantar*, presenciar corridas de toros y visitar pinacotecas, escuchar a oradores como Olózaga, asistir a lecturas públicas en el Ateneo para así hacer perdurar la fama de Larra y divulgar a poetas como Espronceda y Zorrilla.

Si como dice la autora de este trabajo exhaustivo y excelentemente construido, fue la literatura francesa la que se erigió «en aduana europea», en vara de medir, cali-

brar el alcance de su visión, tantas veces sesgada, de la española implica reconocer que fueron ellos, los franceses, quienes dieron carta de naturaleza a los integrantes de un canon que, forjado en la tradición dieciochesca de los jesuitas expulsos, va a ir consolidándose de manera cada vez más nítida mediante el aporte del romanticismo alemán fundamentalmente. Ese correctivo de las lecturas de los franceses enriquece su punto de vista, lo limpia de prejuicios infundidos por el clasicismo del *Grand Siècle* y abre caminos que los propios españoles del XIX transitaron, pero no evita que lleguen a otorgarle a la literatura de allende los Pirineos el lugar preeminente entre las europeas.

Hay leves, muy leves, erratas en pp. 16, 24n, 31, (el grupo consonántico *-nt-* suele hacer caer la *t* en 33n, 81n, 82n, 108, 125n, 135, 194n, 195n, 203, 211, 218n, 223n, 235n, 243n, 244n, 256, 259n, 260n, 261, 325, 334n), 44, 62n, 72n, 74n, 89, 109, 123n, 125n, 126n, 200, 216, 217, 233n, 249n, 250, 265, 267, 270n, 284n, 287, 314, 322n, 335, 336 y n, 338n, 344n, 345, 346, 348n, 351n., 353n, 355n, 360n, 362n, 430n y 398. Se trata, en definitiva, de un libro de densidad descriptiva extraordinaria, abarcador de un tramo largo que va de *L'Espagne littéraire* de Bricaire de La Dixmerie a *L'Espagne littéraire* de Boris de Tannenbergh, pero concebido de tal manera que aquella no resulta onerosa, presenta una trabazón interna muy lograda: las 915 notas a pie de página aclaran de manera puntual aspectos que así lo requieren y reflejan un saber historiográfico verdaderamente profuso por parte de la autora. Sin duda, ha sabido señalar los miliares, «trazar la ruta de las querencias, resistencias o desaprobaciones que suscitan los hitos más recurrentes en la importación del canon vecino en vías de institucionalización» (p. 97) y ratificado la condición de Francia en tanto mediadora equidistante de los extremos literarios y geográficos, de árbitro cultural que afianza y construye su nacionalidad literaria sobre un lozano comparatismo (p. 370). Las historias de la literatura española promovidas en el vecino país expresan no solo la sedimentación de la historia literaria en España, el canon español a través de los siglos, también dan cuenta, acaso de mejor manera, del horizonte de expectativas de la recepción francesa, irradiadora de tantos registros canónicos segregadores también.

Cristina PATIÑO EIRÍN